

Alli el labrador contempla
Su rico tesoro en cierce,
Que en vistoso panorama
Halagan las auras leves.

Y al fértil suelo bendice,
Dó benigno el cielo quiere
Que una mazorca recoja
Por cada grano que siembre.

Alli en su tierno capullo
Está envuelto el choclo endeble,
Qué luego en maiz valioso
El sol, y el aire convierten.

Crisálida inanimada
En metamorfosis breve,
Sin mudar forma ni esencia
Su calidad ennoblece,

De él se hace la fresca *chicha*
Que ansioso el etiope bebe,
Y el *gófo* que los canarios
Al dulce mejor prefieren.

Sus secas hojas al pobre
Mullido colchon ofrecen,
Ó en el aterido invierno
De su hogar el fuego encienden.

En su *chala*, por mas gratos,
Los cigarrillos se envuelven,
Y ella misma en las penurias
Sirve de tabaco á veces.

Así, á la virtud del choclo
Mil beneficios se deben,

Pues por él cocina el hombre,
Bebe, come, fuma, y duerme.

La sustanciosa *polenta*
Tambien al maiz se debe,
Que bien sazónada luce
En italianos banquetes.

Con él se hacen varias pastas,
Que á las de trigo no ceden;
Y el choclo asado al rescoldo
Mas grato sabor adquiere.

El tierno *locro* en las mesas
Es dulce plato, y merece
Que entre él y la *mazamorra*
Indeciso el lauro quede.

Mas, las sabrosas *humitas*
Que en su hoja misma se envuelven,
Doquier con razon se ostentan
Cual digno manjar de reyes.

En fin, el pastel de choclo
Altos aplausos obtiene,
Sirviendo su misma *chala*
De limpio mantel y fuente.

Así el maiz, ó choclo esclarecido
Al trigo en alto mérito se iguala,
Y en su doble acepcion ha merecido
El honor con que el mundo le señala,
Hay poetas que á Cérés han fingido
Coronada de choclos por gran gala;
Su gloria es merecida; yo por tanto
Al dignísimo *choclo* cómo, y canto.

SANTO DOMINGO